

DE OTROS CUENTOS Y POESÍAS

Fernando Antonio Herazo Girón¹

“La esclavitud es condición humana. Siempre somos esclavos de una idea: el poder, la grandeza, la venganza, la libertad, el nihilismo, la vida o la muerte.”

Tiburcio Miramar

Tiburcio Miramar estaba sentado en su maríapalitos de siempre cavilando ensueños en su mente. En aquel momento parecía como si los cincuenta años de existencia le estuvieran pesando demasiado. La pobre mecedora, de tanto cargar aquel cuerpo voluminoso, había terminado por desfondarse un día cualquiera con un tenue chasquido de pajas quebradas por el rigor del tiempo. No era para menos. Veintitres años soportando los mismos cien kilos de aquella anatomía, triste y desgonzada, la habían acabado.

Tiburcio tenía entonces treinta años de casado y seis hijos. Los mayores se habían marchado con rumbo desconocido. Un día, resentidos sin saber por qué, se habían puesto de acuerdo para alejarse, para siempre, del hogar. Los tres menores, cada vez que

Tiburcio regresaba, cansado, del trabajo, se recogían apretujadamente en un cuarto de la amplia y vetusta casa, atemorizados por la tierna madre, que exigía silencio ante su presencia adusta y bajo la expectativa amenazante de un grito asustador que nunca pugnó por salir de su garganta, quizá por la concentración intensa en que se sumía o porque jamás existieron causas que lo justificaran.

Pero aquel no era un día corriente. Inesperadamente, Tiburcio lanzó un grito aterrador que se extendió rápidamente por varias millas a la redonda, rompiendo el silencio dominical del callado barrio de La Manga. Este grito partió en dos la época del silencio y se armó la de Troya. Como hormigas humanas fueron saliendo hombres y mujeres de todas partes. Viejos, jóvenes y niños, parecían despertar de un letargo de años y un murmullo de interrogantes se confundió con la marea humana que reventaba a tirones las puertas y ventanas de las casas, para salir en busca de respuestas ante aquel fatídico grito. Maremágnum tal no se había visto antes.

¹ Doctor en Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Cartagena. Docente Titular de Medio Tiempo de la Universidad de Cartagena, Facultad de Derecho y Ciencias Políticas. Catedrático de la Universidad Libre – Sede Cartagena desde el año 2001. Postgrado de Especialista en Didáctica del Lenguaje y la Literatura de la Universidad de Cartagena. Miembro del Grupo de Teatro LA BANCA y del Centro Cultural LA BARANDA, bajo la orientación general de Doña Judith Porto de González como Directora de la extinguida Extensión Cultural de Bolívar, Cuentista – Poeta – Declamador – Ensayista - Gestor Cultural. Correo electrónico: fernandoantonioherazo@hotmail.com - fernandoantonioherazo9@gmail.com

El eco ensordecedor del bestial rugido retumbaba insistentemente en los oídos de todo el mundo y, ello, ocasionó una locura colectiva. La gente corría de un lado a otro, sin darse cuenta que pisaban brazos, rostros y torsos desnudos. Por primera vez en aquel barrio quieto se confundieron, al unísono, los carros destartados de la policía con los no menos inservibles de las ambulancias.

En poco tiempo se había acordonado el lugar. Los policías, a quienes únicamente se les veía cuando hacían el amor en alguna esquina nocturna con las obreras del servicio doméstico, se multiplicaron por doquier. Tanto que, en algún momento, la gente detuvo su loca correndilla, olvidándose momentáneamente del grito, para preguntarse entre sí, tímidamente, si sería cierto lo que sus ojos veían, si sería verdad que existían policías encargados, todavía, del orden público. Lo evidente fue que la sorpresa de los moradores ante la presencia inusitada de la fuerza policial, tranquilizó los ánimos y llevó una paz relativa al barrio.

Fue entonces cuando se abrió la gran puerta de la casa verde y todos vieron asombrados como, a paso lento, fue saliendo totalmente desnudo el introvertido, adusto y parco Tiburcio Miramar. Dentro de la casa la batahola continuaba. Los hijos chillaban locamente y corrían desesperados, de un lado a otro, aferrados a la falda de la madre.

No entendían la conducta impropia de este hombre silencioso, cuya sola presencia imponía temor y venerable respeto.

Cuando Tiburcio Miramar fue llevado ante el Inspector de Policía de la Comuna, con sólo una toalla al cinto que le había colocado apresuradamente su mujer, el inspector se puso de pies inmediatamente; acercó la única y desvencijada silla de la pobre oficina y le pidió sentarse con tono afable y respetuoso. Don Tiburcio accedió pero, antes, procedió a quitarse la toalla, la dobló parsimoniosamente y la colocó bajo sus grasientas nalgas.

-¿Por qué hace eso? -le inquirió el inspector que conocía a Don Tiburcio desde mucho tiempo atrás. Tantos, que le parecía imposible creer lo que estaba presenciando. Él no contestó. Un pesado y largo silencio llenó la oficina. Al rato, el inspector le repitió la pregunta. Don Tiburcio mantuvo su mutismo por largo tiempo. De repente, se levantó de un golpe y, de un puntapiés, lanzó lejos la silla que terminó por romperse definitivamente.

El inspector, un tanto molesto y extrañado, le espetó: -¿Qué le pasa, Don Tiburcio? -Este cambió repentinamente de actitud. En forma locuaz y tranquila, como si las fantasías de su pasado, a manera de fantasmas, presionaran sus recuerdos, inició un cuento largo y monótono. Sus labios se movían con rapidez

asombrosa y las palabras salían a borbotones, como chorros de fuentes luminosas, expelidas por una tremenda fuerza interior.

Contó al inspector los antecedentes de su infancia. Las tardes que había pasado en alguna garita de las murallas de la ciudad cartagenera, viendo como el sol se batía en duelo con el cielo y le habría heridas por todos los costados, mientras él se deleitaba ante el espectáculo multicolor de la sangre que se derramaba por entre las nubes, en el límite donde el mar se une con el firmamento, en el mismo final del espejo marino.

Las caminatas de regreso a su casa, ya entrada la noche, con el pensamiento fijo en su mente de llegar a ser un hombre diferente, algo así como un superhombre. Luego, la sensación de miedo al penetrar a la vieja casa colonial arrendada por su padre. Los años vividos junto a paredes mohosas, que destilaban agua sucia por sus poros desconchados y musgosos. Y los malditos murciélagos que se prendían de los techos, con sus caras burlonas bocabajo y que, súbitamente, se lanzaban en piruetas violentas contra él y lo perseguían, en forma inmisericorde, por todos los rincones de la casa.

Contó al inspector cuánto llegó a odiar esa vida gris y lo peor, lo más horrible, que era el saber que su padre tendría que trabajar hasta entrada la madrugada, en tanto él se

quedaría a solas en la casa colonial de mierda que, después de la medianoche, se llenaría de ruidos espantosos. Ruidos de pasos de ratas gigantes que helaban su corazón. Ruidos de chinches y cucarachas gigantes que se prenderían, junto con las ratas, a su piel, dejándola deformada como un pedazo de queso moreno con olor a pecueca. Toda clase de ruidos monstruosos que le harían arrojarse totalmente con las sábanas de retazos zurcidas por la mano temblorosa de su viejo padre, mientras el sudor bañaría su cuerpo copiosamente y caería a gotas en el suelo (como cuando se destila el licor) junto con el orín del miedo, el más berraco miedo que, de manera simultánea, se le saldría lentamente y sin quererlo.

- Todo eso era terrible, inspector, terrible. Tanto que si usted hubiera estado en mi lugar, el olor de su excremento todavía estaría impregnando su memoria –sentenció, finalmente, Don Tiburcio Miramar.

El inspector, con pesadumbre, tuvo que encarcelar a Don Tiburcio por irrespeto a la autoridad y provocar escándalo público. En el calabozo, junto a las heces de los presos, permaneció arrodillado y en éxtasis contemplativo. Su mirada fija en un punto invisible tenía preocupado al inspector. Al día siguiente hizo llamar a su esposa y se lo entregó, haciéndole prometer que lo llevaría al psiquiatra.



La mujer lo agarró del brazo, le puso nuevamente la toalla en la cintura, se lo llevó a la amplia y vetusta casa verde, lo sentó en su mecedora desfondada por el rigor del tiempo y le quitó la toalla, dejándole otra vez completamente desnudo. Después se dirigió al botiquín de la casa, tomó en sus huesudas manos varias pastillas tranquilizantes, se las dio y esperó a que estuviera profundamente dormido.

Cuando estuvo segura de su sueño, buscó una sogu y un esparadrappo. Le amarró fuertemente

a la silla y le tapó la boca. Terminada su tarea, recogió toda su ropa y la de sus hijos, las embutió en una maleta verde, abrió la puerta y, siempre con sus hijos asidos a su falda, fue saliendo lentamente. Desde afuera, le dirigió a Tiburcio una última mirada y cerró con llave la puerta. Observó un instante a los pocos curiosos que se habían acercado a husmear y –con una altivez insospechada –se fue alejando para no volver jamás... La puerta de la casa verde quedó cerrada para siempre.